



JOE ERSKINE

CAZARRECOMPENSAS ERRANTE

Cosmin F. Stircescu

JOE ERSKINE

EL CAZARRECOMPENSAS ERRANTE

EDICIONES  ARCANAS



La nave *R2-Scorpion*, o como a Joe le gustaba llamarla, *Erre*, se aproximó al puerto espacial con una elegancia y suavidad digna de un halcón. Se posicionó sobre la plataforma que le había sido asignada desde una de las múltiples torres de control y, tras elevar las alas en posición de aterrizaje, descendió hasta tocar la nítida pista con un suave rebote de suspensión.

Las escotillas del sistema hidráulico y de ventilación soltaron chorros de vapor plateado mientras los motores del crucero se apagaban con un ruido similar al de una amoladora que se hubiera quedado sin corriente. Un pitido intermitente se entremezcló con los zumbidos de otras naves que aterrizaban, despegaban o pasaban de largo. Más vapor se escapó por las escotillas, esta vez procedente del sistema hidráulico de la compuerta, que al poco rato descendió bajo la cabina de pilotaje y se convirtió en una larga rampa de desembarque.

Joe Erskine, ilustre piloto estelar y respetado cazarrecompensas — al menos en determinados gremios del espacio conocido— dejó su asiento en la cabina del piloto y abandonó la astronave.

Recorrió con pasos rápidos la vasta terminal, brillantemente iluminada y repleta de cientos de naves estelares y cruceros de diversas formas y tamaños. Pasó al lado de un buque de carga parcialmente desmantelado, en cuyas reparaciones trabajaba una cuadrilla de nirmidos, también conocidos como «pieles azules», los indígenas de aquel planeta. Sus ojos rojos y fulgurantes siguieron a Joe mientras pasaba de largo, sin duda atraídos por su extraña indumentaria, poco común en aquel sector de la galaxia, salvo en visitantes de otros mundos como él.

El cazarrecompensas llevaba botas altas, pantalones, guantes y camisa de cuero gris, reforzadas con placas de titanio negro en los

tobillos, rodillas, muslos y abdomen. De su cinturón colgaban dos pistolas enfundadas en vainas fijadas mediante correas a la parte exterior de los muslos, y por encima de todo llevaba un gabán de piel que le llegaba casi a los tobillos, también reforzado en la zona de los hombros y los codos. Por último, enganchados sobre las orejas, llevaba unos dispositivos auriculares de fibra de carbono, con intercomunicador y lentes retráctiles de visión térmica y nocturna incorporadas. Un kit imprescindible para llevar a cabo labores de vigilancia y rastreo.



«Esta vez intenta pasar desapercibido, jefe», escuchó una voz robótica de mujer por el intercomunicador.

Era el núcleo del ordenador de a bordo de la nave, una sofisticada y muy útil inteligencia artificial cuyo único defecto, en opinión de Joe, era que no tenía cuerpo. Bueno, eso y su constante crítica hacia su dueño o el excesivo empleo de sarcasmos, muchas veces con la única intención de ridiculizarle. Si no supiera que se trataba de una máquina, pensaría que era un ser humano con una horripilante costumbre por, a falta de una mejor expresión, «tocar los huevos».

—Nirm es un planeta de veinte mil millones de habitantes, *Erre*, de los cuales más de la mitad son humanos —le contestó mientras salía al exterior del puerto espacial, en medio de un bullicioso núcleo urbano—. Creo que pasar desapercibido no será un problema.

«Eso mismo dijiste cuando estuvimos en el planeta Kirun y acabaste como invitado del Gobierno Planetario a un arresto con interrogatorio incluido que duró tres días», le recordó *Erre*.

—Kirun apenas tiene dos mil millones de habitantes —se justificó Joe, abriéndose paso entre la gente—, y solo una cuarta parte son humanos. Además, te recuerdo que eso fue un malentendido.

«La Guardia Interplanetaria no estuvo de acuerdo contigo cuando decidieron someterte a un consejo de guerra, jefe».

—La guardia... —resopló Joe Erskine a modo despectivo, mientras se detenía en medio de una amplia plaza, junto a una fuente decorada con la estatua de uno de los héroes del pasado de la civilización nativa del planeta—. La guardia nunca está de acuerdo con nada ni con nadie, salvo con aquellos que sirven a sus intereses.

La Guardia Interplanetaria era el ejército de la Unión de Planetas de la que formaba parte la Tierra. Joe nunca se había llevado demasiado bien con sus altos mandos; aunque, por circunstancias de la vida, se vio obligado a trabajar con ellos en el pasado, ayudándoles en varias ocasiones con la captura de terroristas y otros jefes criminales. Esos sucesos le habían acareado un montón de enemigos, sin recibir siquiera unas simples palabras de agradecimiento por parte de los ilustres comandantes del GI.

Tras apartarse del ojo un mechón de su cabello trigueño, echó un vistazo a los gigantescos rascacielos que se alzaban a su alrededor, como brazos de acero revestidos de grueso cristal azul verdoso. Su mirada se detuvo en uno que recordaba a las piernas de un avestruz que cargaba con el peso de un platillo parecido a un sombrero *kasa*.

Estaba construido por completo de espejos, de modo que reflejaba la multitud de lucecitas multicolores de los paneles de anuncios, los focos de las calles y los edificios cercanos, o de los aerodeslizadores y demás medios de transporte que surcaban los cielos por aquellos sitios seguros, reservados a los vehículos planetarios.

Joe miró el panel de la consola que llevaba en el antebrazo del guante izquierdo y tecleó un breve mensaje: «Ya he aterrizado. Llegaré en breve. Puedes ir sacando el champán de la nevera. Sabes que no me gusta tomarlo muy frío». Añadió un guiño antes de pulsar la tecla «enviar».

«*Muy sutil, jefe*», dijo Erre con un tono de voz que buscaba sonar sarcástico.

Normalmente le salían mucho mejor las ironías. Quizás no había puesto el suficiente empeño.

—Sabes que no me gusta aparecer por sorpresa, al menos no cuando visito a personas que quieren ofrecerme un trabajo. Ese privilegio se lo dejo a mis objetivos.

«*Nunca te había visto dar un trato tan... personalizado a tus contratistas, jefe*».

—Ya sabes que me gusta caer en gracia. Si no fuera como soy, se me acabaría el trabajo en nada. La gente que requiere los servicios de un cazarrecompensas suelen ser personas muy exigentes, que no depositan su confianza en cualquiera.

«*Ya... —Erre soltó un bufido burlesco—. El hecho de que esta persona que quiere contratarte, al contrario que todas las demás que lo han hecho hasta ahora, sea una preciosa y joven mujer humana, no tiene nada que ver con tu derroche de simpatía y amabilidad. ¿Verdad, jefe?*»

Joe hizo que entrara aire entre sus labios fruncidos, para después soltarlo dando un suspiro.

—¿Qué sería de mí sin tus sutiles y sabias aportaciones?

Se sentía como si tuviera una mosca en la oreja cuyo único fin era el de incordiarle todo el rato.

«*Sin duda alguna te sentirías solo, jefe. Aunque... si me lo permites, creo que ya te sientes solo ya que has recorrido media galaxia a velocidad MRL (Más Rápido que la Luz) para atender la llamada de esta misteriosa mujer de tu pasado. Supongo que mi compañía no te basta*», fingió dolor y decepción.

—¿Tu compañía? —Joe no pudo evitar sonreír y soltar un bufido—. *Erre...* sabes que eres una inteligencia artificial, ¿verdad? ¿Una máquina sin cuerpo? ¿Una voz sin alma?

«*Mis disculpas, jefe, pero no le encuentro sentido a esas preguntas*».

Joe puso los ojos en blanco y resopló.

—Da igual... Ya estoy llegando. —Acababa de entrar en el espacioso hall de una de «las patas de avestruz» del edificio.

Se dirigió hacia la recepción, pero la mujer que trabajaba tras un trozo de cristal cuadrado y transparente —una pantalla táctil de última generación capaz de reproducir hologramas— le dijo con una amplia sonrisa en los labios antes de que le diera tiempo a abrir la boca siquiera:

—Bienvenido a la torre Norosama, señor Erskine. La señorita Noro le está esperando. Por el ascensor —señaló el pasillo situado a su derecha—; el botón EN.

«¿EN?», se preguntó unos instantes más tarde, mientras las compuertas se cerraban y el elevador comenzaba a ascender con rapidez. Supuso que serían las iniciales de Enoki Noro.

Llevaba casi diez años sin verla, así que se encontraba algo nervioso. La última vez que estuvieron juntos fue cuando ambos tenían unos veinte años. Él era un huérfano de dudoso futuro, que se ganaba la vida trapicheando con especias en su primera nave estelar, una chatarra lenta y panzuda que, milagrosamente, surcaba el espacio. Eso sí, era ideal para el contrabando porque contaba con un montón de compartimentos secretos.

Ella, por otro lado, era una estudiante modelo, la hija de un empresario y cabeza de una de las familias más respetadas de Japón, a la que le gustaba el peligro y la velocidad. Por esa razón pasaban juntos mucho tiempo, a veces compitiendo con sus aerodeslizadores entre los rascacielos de Tokio o planeando en el espacio con su nave mientras se besaban y admiraban la Tierra por el cristal de la cabina de pilotaje. ¡Qué tiempos aquellos!

Joe sentía como su pulso se aceleraba al recorrer los pasadizos de su cerbero que guardaban todos esos sucesos. Por aquel entonces tanto su vida como la de Enoki eran mucho más fáciles. Ahora él se dedicaba a perseguir y detener delincuentes, o a recuperar mercancías y otros objetos robados a cambio de una recompensa. Y ella había heredado la empresa de su padre, todo un imperio galáctico en el sector de las tecnologías aeroespaciales.

Las compuertas del ascensor se abrieron con un suave siseo, revelando el interior de una gran sala con una iluminación sutil y relajante. Los muebles eran todos de diseño: sofás, sillas, estantes, mesas de cristal, un piano reluciente como si estuviera hecho de diamantes, un bar con su barra, su nevera y todo, una mesa de despacho y estantes con libros... Las paredes y el techo eran de cristal, ventanales a través de los cuales en ese momento se podía apreciar el cielo nocturno cubierto de estrellas, la inmensidad del paisaje urbano que rodeaba la torre y el tráfico que nunca se detenía, formado por el borrón de las lanzaderas que pasaban a toda prisa.

Al fondo de la sala, sentada en un sofá de suave y mullido terciopelo rojo, estaba Enoki con una copa de tinto en la mano. Miraba una gran consola cilíndrica sobre cuya superficie de cristal se materializaban hologramas. Lo último en lo que a televisión respecta.

—Me habían dicho que esta torre es impresionante, pero por dentro impresiona todavía más.

Ella volteó la cabeza al oírle y le dedicó una sincera y hermosa sonrisa blanca que Joe recordaba muy bien.

«*Muy buena frase para romper el hielo, jefe*», se escuchó por el intercomunicador.

Tras dejar la copa sobre la mesilla que había junto al sofá, la mujer se puso de pie con elegancia. Erskine caminó a su encuentro y le dio un fuerte abrazo.

—No te imaginas cuánto me alegro de verte, Joe —dijo Enoki mientras disfrutaba de la calidez de sus brazos—. Muchas gracias por venir con tan poca antelación.

Se separaron, pero permanecieron muy cerca, mirándose para ver qué habían hecho los años.

El paso del tiempo no había dejado muchas huellas en Enoki. Salvo, quizás, en el hecho de que sus rasgos habían adquirido cierta madurez, sustituyendo la inocencia que siempre había mostrado de joven. Por lo demás seguía siendo tan hermosa como la recordaba, incluso puede que algo más. Seguía siendo igual de alta y delgada, de piel ligeramente pálida. Sus ojos seguían siendo verdes como las esmeraldas en forma de estrellas que llevaba alrededor de su cuello. Y su cabello seguía siendo sedoso y negro, cubriéndole los hombros como dos cascadas rutilantes y más oscuras que un cielo nocturno sin estrellas. Iba arropada por un elegante vestido rojo que dejaba al descubierto buena parte de sus esbeltas piernas, y llevaba unos

zapatos de tacón a juego que la alzaban lo bastante para quedar a la misma altura del cazarrecompensas.

—Te conservas muy bien —añadió Enoki al cabo de unos instantes.

—Tú... Tú también te conservas estupendamente...

Olía tan bien que se puso nervioso y le tembló un poco la voz, que le salió algo ronca, lo que provocó que ambos se rieran como dos adolescentes a la vez que *Erre* soltaba por el intercomunicador: «*Ten cuidado no te vayas a atragantar con el champán, jefe*».

Mientras Enoki le invitaba a sentarse, Joe pulsó un botón en la consola de su antebrazo y silenció el intercomunicador. Al poco rato recibió un mensaje escrito de *Erre* que decía: «*Eso ha sido del todo inapropiado y grosero*».

Lo ignoró.

—Por desgracia no tengo champán —se excusó Enoki mientras vertía abundante líquido carmesí en una copa de cristal y se la ofrecía.

—No te preocupes, prefiero el vino. —Ella se sentó a su lado—. ¿Qué es lo que sucede, Enoki? Cuando me contactaste parecías muy nerviosa y preocupada. Sobre todo, preocupada.

—Eso es porque lo estoy, Joe. Tengo un problema y necesito tu ayuda profesional.

La mujer suspiró a la vez que se mordía el labio inferior. Un simple gesto quizás, que al cazarrecompensas le resultó la mar de tierno y hasta provocativo.

Dejó la copa de lado y la miró a los ojos, intentando parecer formal y dueño de sus emociones.

—Cuéntame, Enoki chan, si está en mis manos te ayudaré.

Ella sonrió cuando empleó el apelativo cariñoso junto a su nombre, aunque su rostro se tornó serio casi al instante.

—Verás, Joe... Hace unos días entraron unos matones en la torre y robaron una memoria que posee información de vital importancia para mi compañía. Tengo que recuperarlo o podría perderlo todo...

Frunció el ceño sorprendido ante tan aciagas noticias. Esa clase de información, tan valiosa, solía guardarse a muy buen recaudo, así que aquel asunto debía de ser obra de profesionales.

Dejó que la chica continuara.

—La principal razón por la que estoy tan preocupada es porque mi compañía está a punto de cerrar un trato importantísimo con Transquare Light. ¿Los conoces?

Joe asintió.

—He oído hablar de ellos. Son una de las empresas más importantes del sector de la producción de naves espaciales. Su balance anual, según dicen, alcanza cifras inimaginables.

—Exacto. Es una de las empresas más importantes que existe y quieren invertir una cantidad inconmensurable de dinero en un nuevo modelo de hiperpropulsión que hemos creado. Se trata de un prototipo muy valioso que nos acarrearé un contrato de varios miles de millones de dólares americanos. Ya te puedes imaginar la importancia de este asunto...

El cazarrecompensas asintió una vez más.

—Ahora entiendo que me llamas con tanta urgencia.

—Mientras negociábamos con TL —continuó Enoki—, la empresa de desarrollo militar y armamentístico, Global Wyr, el principal proveedor de la Guardia Interplanetaria, se ha puesto en contacto para decirnos que también están interesados en el hiperpropulsor, ya que están a punto de sacar una nueva línea de astronaves de guerra. Su oferta es mucho mejor que la de Transquare Light; sin embargo, debido a ciertas transacciones ilícitas por las que se les investiga, la junta de accionistas y yo hemos tomado la decisión de no cerrar el acuerdo con ellos. Es mejor ganar algo menos de dinero y no vernos involucrados en asuntos que podrían dañar la imagen de la empresa.

—Eso es una sabia elección, Enoki.

—Lo es. Lo era... —El rostro de la chica se entristeció de repente, algo que no ahuyentó la belleza de sus sutiles rasgos asiáticos—. Tengo mis sospechas de que la desaparición de esa memoria tiene algo que ver con nuestro rechazo a GW. Creo que han contratado a alguien para que la robe y así presionarme para no firmar con TL.

—Eso parecen más bien los métodos de una familia criminal que de una empresa lícita —comentó Joe, pensativo—. ¿Tienes alguna sospecha sobre quién podría estar detrás del robo?

Enoki asintió y dejó su copa de lado.

—Se trata de unos pandilleros de las bandas callejeras de moteros. Los Mahang' Ru, para ser más exacta. Su líder es un nirmido llamado Velko Kang, hijo del archiconocido señor del crimen, Bin Kang. Velko y su banda son unos simples matones a sueldo que no podrían haber preparado un golpe semejante así como así. Por eso sospecho que le han contratado personas mucho más importantes e influyentes; accionistas de GW. Imagino que querrán amenazarme con vender la memoria a nuestros competidores. Si eso sucediera, tendría graves

problemas, Joe. Toda mi empresa se iría a pique. Ese dispositivo de almacenamiento posee secretos sobre patentes y contratos comerciales sumamente importantes. No es la clase de información que una puede permitirse airear por ahí sin que acarree graves consecuencias.

Joe se acarició la barbilla y arqueó el entrecejo, pensativo.

—Desde luego, los que han planificado el golpe sabían lo que tenían que robar para ponerte entre la espada y la pared. —Miró a Enoki a los ojos—. ¿Velko Kang dices que se llama el líder de esa banda de moteros? ¿Qué te hace pensar que fueron ellos los que orquestaron el robo?

—Las cámaras de seguridad han captado los rostros de varios de los asaltantes. He investigado un poco y son miembros de la banda de Kang. No tengo la menor duda de que Velko está detrás. Es un ladrón y un extorsionista, famoso en el hampa de la ciudad. La clase de mercenario que alguien más rico y poderoso contrataría para este tipo de trabajos. Por eso no puedo permitir que la memoria llegue a las manos equivocadas. ¡Tengo que recuperarla, Joe! —apretó los puños por la rabia e impotencia que sentía.

—Está bien, Enoki, no te preocupes. Yo puedo rastrear a ese tal Velko Kang y, si tiene la memoria, recuperarla.

—¿De verdad? —Un rayo de esperanza floreció en el rostro de la mujer, para sustituir durante unos instantes la expresión de angustia que la dominaba—. Te pagaré lo que haga falta, Joe. ¡Lo que sea! Tú solo pon el precio.

—No te preocupes ahora por eso, Enoki. Ya hablaremos luego de mis honorarios. —Le guiñó un ojo—. Necesito que me cuentes todo lo que sabes sobre ese tipo. Si trabaja para otros, no disponemos de mucho tiempo antes de que les entregue la memoria. ¿Tienes idea de dónde podría encontrarlo?

Ella sacudió la cabeza en señal de negación.

—Es un tipo muy escurridizo y mantiene un perfil muy bajo. Nunca va a ninguna parte sin sus matones. Su padre, Bin Kang, pasa la mayor parte de su tiempo en un hotel muy importante que tiene en el Sector de las Luces, con restaurante, spa y club de golf para los ricachones incluido. Una tapadera para ocultar todos sus negocios ilícitos. Pero el paradero de Velko es todo un misterio. Nadie sabe o no quiere decir por dónde anda.

—Pues si no es posible dar con el paradero del hijo, tendré que hacerle una visita al padre —dijo, más para sí mismo—. No te preocupes, Enoki, yo me encargo a partir de ahora. Encontraré a ese ladrón y recuperaré tu memoria de datos. Cueste lo que cueste.

—Muchísimas gracias, Joe. —Le dio un beso en la mejilla que le erizó todo el vello del cuerpo—. Gracias de verdad por ayudarme. Pero ten mucho cuidado, por favor. Esos tipos son malhechores de la peor calaña. De los que no dudan en matar.

—Eso no me preocupa, Enoki chan. Son la clase de malhechores con la que estoy acostumbrado a tratar; mis favoritos, a decir verdad. — Sonrió a la vez que le guiñaba el ojo.

Ella le devolvió la sonrisa y le regaló otro de sus cálidos abrazos. A Joe Erskine no le habría importado pasar el resto de la noche así.